

Los dilemas éticos en la Biblia

“Dios debe cautivar nuestra atención y constituirse en el referente moral”.

La Escritura existe para revelarnos el amor de Dios y para que “el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Tim. 3:17, NVI). La Palabra de Dios impacta positivamente la conducta y las motivaciones del ser humano. Sin embargo, a menudo podemos confundirnos (o nos dejamos confundir) con ciertos episodios o indicaciones que nos parecen moralmente contradictorias o confusas. Incluso pueden existir aquellos que justifican su ética relajada con las falencias de los hombres y mujeres de la Biblia: “Pero, ¡si David lo hizo!”

Ante todo, nunca debemos olvidar que, en última instancia, es Dios quien se revela en la Escritura. Él es el director y protagonista de cada episodio y

discurso bíblico; no lo son los altibajos de los seres humanos que interactuaron con él. Con esto en mente, el accionar de Dios debe cautivar nuestra atención y constituirse en el referente moral. Entonces, una pregunta que puede guiar nuestra travesía ética en la Biblia es: ¿Qué me dice sobre Dios? Toda ley o norma que se basa en el carácter de Dios es universal y no pierde su vigencia (Ej.: 1 Juan 4:11; 1 Ped. 1:16; Efe. 4:32). Al mismo tiempo, lo que la Biblia declara sobre el carácter de Dios debe servirnos de pauta para interpretar pasajes problemáticos. Por ejemplo, en 1 Sam. 16:1 al 4 se acusa que Dios le habría indicado a Samuel que mintiera, contrario a lo que dice 1 Sam. 15:29 y Tito 1:2. Nos daría la impresión de que Dios le pide que mintiera para que Saúl no lo mate. Otra forma de entender este pasaje es que Dios le dio la indicación de cómo y donde ungir a David, mientras que Samuel sencillamente lo interrumpe planteándole su temor ante la ira de Saúl.



Si –por un momento– obviamos las palabras de Samuel en el vers. 2, las indicaciones de Jehová son claramente inteligibles y forman una idea completa y coherente. No es que le pidió mentir, tan solo le dio las indicaciones sobre como y donde ungir a David y Samuel expresa su temor de forma intempestiva.

Otro principio para resolver dilemas éticos consiste en dirigir nuestra mirada hacia el principio. Por ejemplo, David y Salomón tuvieron muchas esposas, se autorizó la carta de divorcio, se pervertió la sexualidad humana, “pero al principio no fue así” (Mat. 19:8). Lo mismo ocurre con el sábado: fue establecido por Dios en el principio, por lo que es correcto observarlo independiente de los cambios en “los tiempos y la ley” (Dan. 7:25) hechos por el hombre. El principio fundamental es este: si Dios estableció algo al crear el mundo, esa es la norma ética prevaleciente. Independiente de que Dios haya tolerado y normado la rebeldía del ser humano (en el caso del divorcio), o que un poder humano nos indique que se debe observar el domingo, estos argumentos son insignificantes y no deben reemplazar lo que Dios ya dijo al respecto “en el principio”.

Otro cuidado que debemos tomar es no pasar por alto todas las normas de determinada época. Es sabido por muchos que la circuncisión ya no es una obligación debido a que estaba asociada a la etnicidad hebrea en el contexto del pacto de Dios con este pueblo en particular (Rom. 2:28, 29; 1 Cor. 7:18, 19; Gal. 6:15). Sin embargo, no todas las leyes de aquella época o dirigidas a Israel han queda-

do obsoletas. Por ejemplo, las indicaciones en contra de la idolatría para favorecer el culto verdadero (Deut. 12, entre otros) siguen vigentes. Aunque en nuestra cultura no es común ver templos dedicados a ídolos, esta es una aplicación del primer y segundo mandamiento, expresado en un contexto que si podemos entender: La adoración al Dios verdadero nos diferencia de la sociedad incrédula que nos rodea.

La famosa “ley de talión” (Éxo. 21:24; Lev. 24:20; Deut. 19:21), muy propia de la época del Antiguo Testamento siempre ha servido de tintero para quienes escriben críticas a la Biblia. ¿Cómo podemos entender que Dios, el mismo que dijo “No matarás”, ordene la muerte de quien ha matado (Lev. 24:21)? Es un tema que da para mucha discusión, pero al menos podemos decir dos cosas: (1) En una sociedad en donde la venganza indiscriminada estaba a la orden del día, Dios normó y limitó esta conducta para hacerla más justa y para que se respetara el derecho de las víctimas y de sus familias. ¿Distaba del ideal? Si, pero era un avance. (2) Sería un error contrastar esta ley con la noción del Dios bueno y lleno de gracia que algunos retratan solo en el Nuevo Testamento y no en el Antiguo. La gracia de Dios se hace evidente en un marco de justicia; una que es capaz de ejecutar la sentencia que el mal y el pecado se merecen.

En cuanto a las narraciones llenas de complejidades éticas, es prudente recordar las palabras de Pablo: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a

...estos
argumentos
son
insignificantes
y no deben
reemplazar
lo que Dios
ya dijo al
respecto “en el
principio”.



nosotros [...]” (1 Cor. 10:11). O sea, no todas las acciones que la Biblia registra contaron con la aprobación de Dios. Tampoco significa que las acciones que Dios reprocha sobre algún personaje lo inhabilitan para ser un modelo en otras: no debemos adular como David, pero si debemos arrepentirnos como él lo hizo. Aprendemos lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer.

¿Qué podemos hacer cuando no hay indicaciones específicas en la Biblia para un dilema ético? La Biblia nos presenta un fino equilibrio entre dos caminos a seguir.

Uno es de carácter corporativo, claramente ejemplificado en Hechos 15. Los líderes de la iglesia se reunieron para buscar una solución, en vez de permitir que cada uno hiciera lo que le parecía mejor. El Espíritu Santo guió a la iglesia a un consenso y se pudo definir un criterio ético. Este es un buen camino a seguir

cuando los dilemas éticos tienen el potencial de fraccionar el cuerpo eclesial y minar la verdad.

Otro camino es más bien individual. Existen dilemas éticos ante los cuales la iglesia no tiene una postura u orientación definida. Sin embargo, existen principios bíblicos que están disponibles y permiten que cada individuo los aplique con fidelidad a su caso. El dilema debe ser evaluado con oración y se deben estudiar todas las alternativas y sus implicancias éticas y morales. Eventualmente, se debe tomar una decisión luego de mucha oración y de un escudriñamiento de nuestras intenciones para

actuar. Finalmente, habrá que evaluar los efectos de la decisión tomada. Nadie es infalible, por lo que se requiere humildad para escuchar las reacciones de quienes se interesan por nuestro bienestar en esa situación delicada.

Las palabras del profeta Miqueas son muy apropiadas: “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miq. 6:8). No hay nada peor que creer que nosotros podemos definir los patrones éticos para nuestra vida. Eso lo hace Dios, no nosotros. En última instancia, el mayor desafío ético para cada cristiano es: “hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Cor. 10:31).



El dilema debe ser evaluado con oración y se deben estudiar todas las alternativas y sus implicancias éticas y morales.